

EL VOLUNTARIO A LA MARINA Y LA SERENATA

ALGUNA vez he dicho, que mis escarceos en esa crítica edad entre la adolescencia y la juventud o la transición del joven al adulto, que ya no tiene nada que ver con la edad del pavo, cuando el hombre comienza a creerse que es hombre, componente de un grupo o peña de amigos, por una parte huye de la autoridad paternal y por otra busca introducirse en la libertad, para hacer aquello que decimos “nuestra santa voluntad” me lleva ahora a unos hechos de los que me gozo refiriendo dos anécdotas que tienen que ver muy mucho de épocas pasadas, de costumbres muy distintas a las de hoy.

Nosotros, “los de antes” no conocíamos las discotecas, ni las rutas del “bakalao” ni las de la mojama. No teníamos tan a mano como ahora, a las chicas para recogerlas en sus casas a las once de la noche para devolverlas a las seis de la mañana siguiente. Carecíamos de coche para los desplazamientos y los bolsillos de nuestras prendas de vestir no estaban rotos. En resumidas cuentas, no teníamos un real, razón por lo que tampoco podríamos tener “un duro”.

Fue un domingo por la mañana con un inseparable amigo muy poco mayor que yo. Todavía vive y nos seguimos estimando encarecidamente, pero por residir muy distantes dentro de la misma población, no somos tan asiduos compañeros que circunstancias de la vida trastornan la convivencia social de aquellos 17 y 18 años de pájaros y de ilusiones.

Aquel domingo por la mañana de hace tantos años, le acompañé a mi amigo que casualmente estaba aprovechando su tiempo desmochando tormos su padre en la huerta, o sea rompiendo con un mazo los grandes terrones de tierra, trabajo éste preparando la tierra para la plantación de patatas. El viaje a buscar al padre de mi amigo, era tantearle y conseguir una respuesta a su pregunta de solicitar como menor de edad el permiso paterno y firmar en el Juzgado

el consentimiento para ingresar como voluntario en la Marina. Recuerdo que el hijo dio algunos rodeos antes de formularle la pregunta, hasta que por fin como tomando carrera, le espetó: “Paire, pues he pensao que en la fabrica clavando puas no llegaré nunca a na, y quisiera que ma diera usted el consentimiento pa ingresar en la Marina y luego regancharme y hacer carrera allí”. El padre como si lo tuviera pensado, y antes de que el hijo acabara su pregunta le contestó escupiéndose en las manos y dejando el mazo, al mismo tiempo que se ponía en jarras y áspera y broca voz: “Pero a la Marina? ¿a qué Marina? conque no sabes andar por el suelo ni la tierra y vas a andar por el agua, anda, anda y quítate de mi vista por que te voy a dar con mi sentimiento”. Al coger el mazo nuevamente para proseguir su trabajo profiriendo frases altisonantes, lo mejor que hicimos fue desaparecer de allí lo antes posible por si su instrumento de trabajo se volvía hacia nosotros.

En la misma época y en ocasión de las procesiones en octubre, primero de la Virgen del Rosario y a los quince días la de la Aurora, celebraciones siempre en domingo, las vísperas, era costumbre y aún sigue siendo, que mucha gente no se acuesta porque la procesión de la mañana es muy temprano, todavía con las luces de la noche. La gente por aquella época adquiriría churros calientes y se los tomaba con chocolate o café con leche. No faltaban algunas rondallas para dar la serenata a las zagalas de nuestra predilección. Yo era uno de los componentes de una de esas rondallas. Y aquella noche de una de esas dos festividades, nuestro grupo lo formaban casi una docena de amigos, siete u ocho músicos y los demás portadores de una bolsa de licores, otros la caja de galletas, otros churros, etc. Las calles sobre todo la calle Mayor estaba bastante concurrida de gente de puesto en puesto de los churros y el chocolate.

Muy de madrugada —sobre las tres de la



madrugada aproximadamente— se nos ocurrió levantar de la cama a otro amigo, que estaba el hombre muy tranquilo durmiendo en su casa y soñando con los angelitos, hijo único y persona de más fino comportamiento que nosotros, casualmente no era bebedor y menos a ciertas horas intempestivas, le tocamos al timbre de su casa que sonaba por cierto como los platillos de una banda de música hasta que insistiendo nosotros, apareció por el balcón preguntando que qué queríamos. Le conminamos a que bajara y nos acompañara a darle la serenata a su pretendida media novia. Pero como se negó a bajar, buscamos una caña que encontramos por allí cerca y se la apalancamos en el timbre por lo que ya no tuvo más remedio que bajar rápidamente para evitar la molestia del timbre al resto de la familia.

Seguimos nuestra serenata y llegamos por fin al domicilio de la que luego fue su media naranja con los claros del nuevo día, cuando las caras se veían mejor. No estaba nuestro amigo muy a gusto con nosotros ya que irremediablemente habíamos cometido una gamberrada. Le hicimos bajar rápidamente a medio vestir y sin peinarse, los cabellos grifados y con el fresco de la mañana recién levantado de la cama las solapas de la chaqueta vueltas al revés. Por si era poco uno de los nuestros del grupo le quiso obsequiar con una copa de “ponche” que no permitió beber y se derramó de manera involuntaria por toda la pechera, parecía el único del grupo que estaba beodo y desentonaba de los demás, sin haber probado ni una gota de licor de ninguna clase.

También dio la casualidad que algo de luto había en la futura novia que él pretendía con interés y cariño, que asimismo ella era muy contraria a las serenatas a deshora, tremendamente refractaria a la bebida, a los trasnochantes, a los que perturbaban el sueño y el descanso y la paz, y por consiguiente de tal refinamiento que le agradaba muchísimo que los de las “jaranas”

debían estar en sus casas dando ejemplo de civismo y de buenos comportamientos.

Para colmo de las desgracias de nuestro amigo, la novia por entre los visillos y con la oportuna cautela desde dentro de su casa, vio el panorama de la cuadrilla, deteniéndose escrupulosamente en el que ya le había pedido relaciones, figurándose al hombre que podría ser su marido algún día como lo peor. El último del grupo, con los pelos grifados, las solapas vueltas, los ojos de sueño, la pechera llena como si hubiera bebido hasta reventar, etc., etc.

Al siguiente día le faltó tiempo cuando aún faltaban tres o cuatro metros para acercarse a ella, para despedirlo con cajas destempladas.

El asunto duró un mes de rotura de relaciones. Las hostilidades se agrandaron hasta alcanzar una grave situación. Intervino mi novia a quien me confesé culpable de todo. Mi amigo se retiró de ella una buena temporada hasta que se aclararon las cosas. Yo mismo me puse “las medias colorás” que se suele decir en estos casos, que son los que antiguamente arreglaban los noviazgos que se rompían. Me culpé de todo menos de lo de la copa de licor, que eso lo hizo otro.

Resumiendo. La serenata debería tener sólo dos acepciones en la Real Academia de la Lengua. Una, esa de “carrasclás, carrasclás, no me dés la serenata...”. Y la otra: La serenata es una música celestial nocturna para festejar a alguien que se ama, porque la buena música en la noche es dulce y agradable. Es atractiva, tiene donaire y arte, tiene gracia y simpatía cuando las composiciones se ajustan a hermosos sonidos y ritmos acompasados. La primera parte de nuestra serenata al principio de la noche, corresponde a la segunda acepción. La última parte acabó como el rosario de la aurora sin darnos apenas cuenta de lo que estaba pasando. Aunque vaya en mi desdoro, doy fe.

Diego Riquelme